

HUGO ODDONE<sup>1</sup>  
Consultor - Investigador

Una misión de evaluación del Programa de Cooperación 1998-2001 del FNUAP con el Paraguay, integrada por cuatro altos expertos y funcionarios de ese organismo, visitó el país a mediados de julio, motivándome un par de reflexiones nada académicas, pero llenas de la misma convicción con que trabajé por los ideales de esta organización, mientras estuve en el servicio activo de la misma, hasta mi retiro por misión cumplida.

Un Programa de Cooperación, no es otra cosa que una serie de objetivos, estrategias y actividades que se ponen en movimiento, mediante la asignación de ciertos recursos financieros que se invierten en su apoyo, y en las cuales aparentemente se conjugan los grandes intereses y objetivos de desarrollo del propio país con las que se delinearon en las conferencias y asambleas de NNUU que, obviamente, cuentan habitualmente con la participación de estos países.

### **DE MARTE CON AMOR**

Con alguna frecuencia, organismos internacionales de NNUU como el FNUAP, giran su telescopio desde su "cuartel general" (headquarters) y lo enfocan hacia nuestros países, examinándonos para ver cómo funcionamos y de qué manera se cumplen las metas y objetivos que se han trazado en conferencias internacionales e insertado en los programas de cooperación.

Siempre que esto ocurre, se me antoja estar bajo la lupa de un observatorio astronómico que otea el lejano horizonte de un planeta como Marte, para tratar de comprobar si allá hay agua y si los extraños arañazos en su topografía son huellas de lo que, alguna vez, pudieron ser canales de irrigación de lejanas civilizaciones.

¿Así de exóticos nos ven? Creo que no. Pero significativamente, la iconografía del FNUAP, sus láminas anuales sobre el Día Mundial de la Población y sobre sus conferencias internacionales, tienen como tema recurrente la figura del planeta tierra vista desde afuera, como retratada por solitarios navegantes del espacio cósmico, enfocada entre estrellas, flores y siluetas idílicas de parejas que parecen flotar en una atmósfera redimida de contaminación y chatarra.

Este sistema de "examen-país" a la distancia, funciona en el marco de un cuerpo normativo que, si bien se revisa periódicamente y se sujeta a modificaciones y cambios más o menos importantes, mantiene sin embargo una inercia que, si no podríamos tildar de vertical, tiene al menos la forma de unas ondas expansivas que se irradian desde el centro emisor y llegan, de modo más o menos nítido y claro, hacia los aparatos receptores que, a su vez, son también de mejor o peor calidad según sea su marca de fábrica, sus años de uso y la forma como se los haya tratado.

1 Ex Representante Asistente del FNUAP en Paraguay, retirado del servicio activo en julio de 1999.

Me pregunto cuándo se invertirá este proceso. Cuándo será el día que los países de la región enfoquen sus propios telescopios hacia el venerable planeta del “headquarters” a observar y a intervenir sobre qué está pasando allá, qué objetivos y estrategias se están diseñando para nuestros países y qué grado de realismo tienen sus directrices y sus orientaciones, sus famosas “policy and procedures”.

Por de pronto, pienso ahora que el FNUAP está cada vez más cerca de convertirse en una agencia de las Naciones Unidas subsidiaria de la Organización Mundial de la Salud, tal es la preeminencia y la autonomía que se ha dado y se sigue otorgando al tema de la salud reproductiva (y la planificación familiar) como epicentro de todos sus programas. El propio concepto de salud reproductiva no ha terminado de desarrollarse y sigue pareciéndose más a un instrumental de consultorio médico que a una pieza clave en los procesos de desarrollo sustentable.

Siendo el FNUAP un fondo de apoyo financiero a la asistencia técnica en temas de población, y constituyendo la población el objeto central de una ciencia especializada y de un enfoque interdisciplinario de las ciencias sociales, así como el factor estratégico en la estructuración de las políticas sociales de desarrollo, la pregunta es cuándo la POBLACION y EL DESARROLLO ocuparán el espacio central del mandato de la organización y la salud reproductiva se convertirá solamente en UN elemento de intervención, como factor básico del comportamiento de la dinámica demográfica, y no en el estandarte de todos sus programas.

He reflexionado en los últimos años que el FNUAP sigue tratando de llegar a la sala del DESARROLLO, entrando a la casa por la ventana de la alcoba matrimonial y dete-

niéndose un tiempo mayor del necesario en el lecho conyugal. Esa preocupación por las tasas de fecundidad y esa obsesión por reducir el número de hijos y determinar una tendencia de crecimiento demográfico mundial compatible con los recursos y con el desarrollo sustentable, bien podría enfrentarse con una estrategia completamente inversa pero radicalmente más efectiva en la solución de los problemas de las personas (apelo al hermoso lema del FNUAP: “la población no es asunto de números, sino de personas”).

El FNUAP debería ingresar por la puerta principal de la casa, directamente al salón del desarrollo y desde allí, sólidamente instalado, influir en los cambios sustanciales de todo lo que pasa en la residencia de los seres humanos, incluyendo el lugar donde la pareja se ama, dialoga y toma sus decisiones, donde los niños cumplen sus tareas escolares o se recrean, donde los abuelos y el resto de la familia teje sus experiencias y trama sus planes y programas de vida, en el sitio donde se reciben y distribuyen los servicios y los bienes de consumo de sus habitantes, allí donde se cuidan sus dependencias, sus patios interiores y sus jardines.

Cuando vemos que la pobreza se adueña de nuestros países, que las migraciones rural urbanas asumen el carácter de éxodos bíblicos, que los refugiados son un fenómeno emergente de dimensiones cada vez más dramáticas, que asolamos nuestro planeta contaminando ríos, eliminando bosques y especies vivas enteras, destruyendo la atmósfera y poniendo en peligro la suerte de la historia de la humanidad, parece que llega el momento de profundas revisiones y exámenes del todo, del sistema, de la filosofía y de las propias concepciones de la cooperación del FNUAP.

En este contexto, todavía no he logrado asimilar el criterio de las “ayudas de emer-

gencia” que esta agencia ofrece como provisiones generosas y excepcionales de anticonceptivos en situaciones de desastre natural o de desplazamientos traumáticos de poblaciones castigadas por guerras civiles, étnicas o religiosas. Ya que se trata de poblaciones humanas, ¿no sería mejor asegurarles techo, comida, educación, salud y un proyecto de reasentamiento estable con posibilidades de volver a una vida normal? ¿No



sería esto “población y desarrollo” y no tendría efectos positivos directos sobre las tasas de fecundidad?

La conducta reproductiva de las personas depende básicamente de una filosofía de vida; una filosofía que es reflejo de sus condiciones de existencia, de su educación, de su salud general, de los bienes de que disponen y de la forma como los pueden obtener. En ese contexto de relaciones sociales y de cultura, se desenvuelve la vida de pareja, la sexualidad y la procreación.

Si algo da perfil propio al FNUAP es que su tema central es la población, no la salud. La población es el todo, incluyendo sexualidad y reproducción. La intervención de esta agencia de NNUU en el campo de la cooperación, debería garantizar un enfoque integral de la población como conjunto de fenómenos que abarcan el nacimiento de las personas, su ciclo vital, su vida creadora en el planeta, su muerte y la reposición de sus miembros en las sociedades humanas.

Centralizar los temas de la población y el desarrollo en la cuestión reproductiva, aún cuando este concepto se haya enriquecido con enfoques como salud, género, igualdad de la mujer y derechos sexuales, es mantenerse en la línea de un reduccionismo temático poco efectivo y sumamente vulnerable.

Vulnerabilidad que se ha manifestado en al menos dos líneas claras: una permanente, a lo largo de la existencia del FNUAP, expresada en forma de crudas resistencias ideológicas a una supuesta misión anti poblacionista (bautizada cínicamente con el mote de “cultura de la muerte”); y otra más circunstancial, pero no menos grave, que comienza a percibirse ahora y que se refiere a aspectos financieros del Fondo, a través de la crisis cada vez más alarmante de las con-



tribuciones de los países donantes. Crisis que está determinando un papel cada vez más modesto de su participación en la cooperación internacional, al menos en América Latina.

Sigo convencido de que la salud reproductiva es una arista insustituible, fundamental y básica de la dimensión demográfica. Precisamente por eso, creo que la población debe ser el centro de gravitación de los programas de cooperación del FNUAP. Porque con población y desarrollo aseguramos salud reproductiva, pero con salud reproductiva sólo no aseguramos desarrollo.

¿No deberíamos comenzar a mirar desde Marte hacia el observatorio central del FNUAP y a pedirles que ya no nos examinen como a planetas lejanos y misteriosos, poblados de exóticos habitantes?. Nuestra población quiere y necesita vitalmente el desarrollo. Cuando se haya logrado ese objeti-

vo, será como llegar al planeta rojo, y el dilema de las altas tasas de fecundidad se habrá disipado como el fantasma de los canales y del agua del planeta Marte.

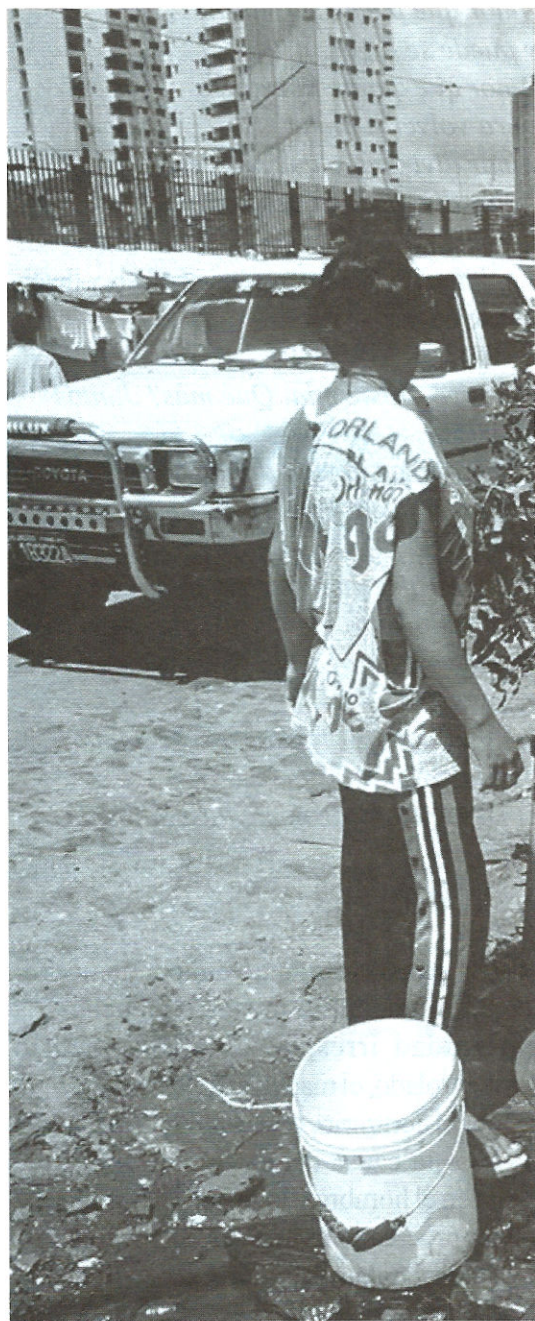
#### **"FAREWELL"**

Han pasado 5 años desde la Conferencia Internacional del Cairo sobre la Población y el Desarrollo (CIPD, 1994) y también ha pasado un año desde la CIPD + 5, es decir, del examen de los avances de las recomendaciones del Cairo cinco años después (1999).

La CIPD fue, sin duda, una Conferencia polémica, llena de enfrentamientos ideológicos basados, fundamentalmente, en posiciones religiosas y actitudes intolerantes de las fuerzas más conservadoras y retrógradas de nuestras sociedades. Y es que, aunque la Cumbre de 1994 tenía el título de CONFERENCIA INTERNACIONAL SOBRE LA

POBLACIÓN y EL DESARROLLO, lo cierto es que el núcleo central de las discusiones siguió siendo el problema de la procreación y la sexualidad, que venía ocupando el centro de la temática demográfica desde hacía tres décadas.

Y, alrededor de esos temas, por entonces denominados ya derechos sexuales y reproductivos y, un poco más solapado pero



no menos atacado o defendido, el papel central de las mujeres en torno al tema de la reproducción humana y del crecimiento de la población, giraron los enconados debates y una movilización sin precedentes de opinión pública, dinamizada por los medios de comunicación social.

Hoy, casi 6 años después del Cairo, al tomar distancia de aquel acontecimiento y situarme personalmente en la posición de un simple integrante de la sociedad civil, sin compromisos institucionales o ideológicos con las Naciones Unidas, organización en la que prestaba servicios por aquella época, puedo decir con toda la audacia que esto pueda representar, que para mí —aunque parezca extraño y ocurrente— en el Cairo se debatió la suerte del amor entre los seres humanos y se dio un paso más hacia el ideal de convertirlo en un ingrediente vital e insustituible de nuestra existencia, independientemente de la procreación como fenómeno biológico.

Amor que casi siempre va teñido de pasiones, de competencias, de prejuicios, de desaires, de falsedades, de mentiras... pero también de belleza, de verdad creativa y de poesía. Tres elementos que forman el material de trabajo de los grandes poetas para quienes, si bien en apariencia pasan inadvertidas discusiones conceptuales como las generadas por la CIPD, sin embargo, los principios generales en debate suelen tener un tratamiento mucho más claro y convincente, debido quizás a los destellos estéticos de su lenguaje peculiar, desprovisto de tecnicismos científicos.

Precisamente Pablo Neruda ha escrito un poema que, en lo esplendente de su belleza, deja planteada una de las cuestiones centrales en la vida de los millones de habitantes humanos de este planeta, lo que podríamos llamar la triada “madre-hijo-padre”. Tratán-

dose de Neruda, no parece que debiéramos abundar en argumentos sobre la belleza de su poesía, pero aún a riesgo de irreverencia con la figura de un poeta de su estatura, diría que en la estética de este poema palpita una ética notablemente paradójica que expresa, con la consabida convicción y profundidad de sentimientos que suele adornar a los buenos poetas, el amor apasionado del hombre hacia la mujer, el sentir de sus dimensiones carnales y la trascendencia espiritual de esos sentimientos, a costa y en desmedro casi ofensivo hacia cualquier otra vida que ese amor pudiera engendrar fuera de sí mismo o que pretendiera interponerse a su propio proyecto.

Repasemos brevemente el poema que bajo el título "Farewell" (despedida), concibe Neruda:

"Desde el fondo de ti y arrodillado,  
un niño triste, como yo, nos mira.  
Por esa vida que arderá en sus venas,  
tendrían que amarrarse nuestras vidas.  
Por esas manos, hijas de tus manos,  
tendrían que matar las manos mías.  
Por sus ojos abiertos en la tierra  
veré en los tuyos lágrimas un día."

Queda así planteada la cuestión del compromiso amoroso, en un lenguaje donde late la presencia explícita de lo que he llamado la triada *madre, hijo, padre*. Y sin embargo, Neruda nos transporta enseguida a los áspetros caminos de la realidad que vivimos de cerca y día a día. Dice, con extraña belleza para sus lectores, pero con sinceridad cruel para la amante:

*Yo no lo quiero, Amada.  
Para que nada nos amarre,  
que no nos una nada.  
Ni la palabra que aromó tu boca,  
ni lo que no dijeron las palabras.  
Ni la fiesta de amor que no tuvimos,  
ni tus sollozos junto a la ventana.*

Para agregar, con expresión todavía más dura, más realista, siempre llena de belleza lírica, pero ahora absolutamente implacable en su egoísmo amoroso:

*Amo el amor de los marineros  
que besan y se van.  
Dejan una promesa.  
No vuelven nunca más...  
Amo el amor que se reparte  
en besos, lecho y pan.  
Amor que puede ser eterno  
y puede ser fugaz.  
Amor que quiere libertarse  
para volver a amar.  
Amor divinizado que se acerca.  
Amor divinizado que se va.*

Y remata, finalmente, con énfasis y determinación implacables:

*Fui tuyo, fuiste mía. Qué más? Juntos  
hicimos  
un recodo en la ruta donde el amor pasó.  
Fui tuyo, fuiste mía. Tú serás del que te  
ame,  
del que corte en tu huerto lo que he  
sembrado yo.  
Yo me voy. Estoy triste: pero siempre  
estoy triste.  
Vengo desde tus brazos. No sé hacia  
donde voy.  
... Desde tu corazón me dice adiós un  
niño,  
Y yo le digo adiós.*

¿Es acaso Neruda un cínico, un irreverente, un inmoral que predica el amor libre, la paternidad irresponsable, el albedrío descontrolado, el machismo más infame? ¿O es, por el contrario, un abanderado anticipado de esta causa del amor que se da y se agota en el hombre y la mujer, sin las pretensiones procreadoras que una ética religiosa y tradicional tratan de imponernos?

No sé cuándo, pero supongo que en algún momento de la evolución, la relación carnal entre el hombre y la mujer, la sexualidad compartida, la mutua entrega corporal, parece haber dejado de tener como finalidad la procreación, para constituirse en un pacto de amor sellado con la sublimación del placer sexual. Y por el contrario, la reproducción comenzó a presentarse como una consecuencia no siempre deseada de ese pacto y sujeta a un proyecto paralelo de acuerdos y deseos recíprocos.

Ese momento de la historia de las relaciones humanas habría marcado la terminación de la sexualidad reproductiva como estigma, como ejercicio de un instinto puramente animal destinado a la perpetuación de la especie. Como todo lo que los seres humanos hacen, como parte de la cultura, sus actos escapan del determinismo biológico y asumen derivaciones teñidas de libertad y autodeterminación.

El amor hombre-mujer se vuelve así, consciente y fácticamente, relación bipolar y proyecto (pero no ya designio ineluctable) de ampliación del amor hacia una triada, pero basada en la libre expresión de la voluntad creadora. El amor es el amor, los hijos son los frutos que sus padres (padre y madre) pueden sembrar y cosechar, pueden posponer o pueden evitar indefinidamente, según cual sea el fundamento de la relación y de las decisiones adoptadas.

Por eso parece claro que, en realidad, el tema de la sexualidad y la procreación, deben inscribirse siempre, necesariamente, en el marco amplio e ineludible de los Derechos Humanos. En este sentido los conceptos de salud sexual y reproductiva, sexualidad, procreación, control de la fecundidad, tamaño de la familia, se subordinan conceptualmente al tema capital de las capacidades que nos

asisten en nuestro carácter de seres racionales, de decidir acerca de nuestra propia proyección en la vida.

Nacemos seres sexuados y una ley natural nos impone la pulsión sexual cuya finalidad natural, original, es la reproducción de seres semejantes a sus reproductores, de modo que una especie viva, como es la nuestra, asegure su supervivencia en el tiempo natural. Hasta aquí, no nos diferenciamos en mucho o en nada de la mayoría y quizás de la totalidad de las especies vivas.

Sin embargo, junto con la pulsión natural del sexo, rige nuestra conducta un conjunto de sentimientos, valores y percepciones inteligentes e inteligibles que nos posibilitan decidir el curso de nuestras acciones como parte de una conducta colectiva, que no es natural, que es social y cultural y que valoramos y medimos también en una temporalidad humana que es mucho menos, pero mucho más, que el tiempo natural.

Vivimos en el tiempo histórico, más que en el tiempo natural. Y vivimos sabiendo que vivimos, sintiendo conscientemente nuestros deseos, nuestras limitaciones y nuestras aspiraciones, aquello que ambiciosamente llamamos nuestro proyecto de vida. Un proyecto en el que participa el amor como una de las sustancias básicas de la química de nuestra vida, una sustancia que, dada la naturaleza cultural de nuestra naturaleza (valga el juego de palabras), más que como sustancia actúa como símbolo y significado trascendente.

En ese marco, amar no es meramente procrear para perpetuar la especie. Un amor, en este proyecto, puede ser consagrado a aspectos absolutamente fuera del ámbito del sexo y de la procreación, puede ser volcado hacia la religión, la ciencia, la filosofía, la



autoafirmación personal. Tal parece que son las mujeres, consagradas a la lucha por los derechos a la igualdad de género, quienes perciben y comprenden mejor que los varones esta nueva dimensión de la sexualidad y del amor.

Y, qué duda cabe, también la perciben los buenos poetas. Los que, como Neruda, no nos proponen un aborto, ni siquiera el abandono de un niño concebido sino apenas, en el simbolismo del lenguaje estético, nos ofrece la pintura de un proyecto, de una posibilidad, de un niño que podría ser si es que hubiera suficiente amor para ello pero que, como él se sabe marinero y amante fugaz, no lo acepta y pide dejar de lado, mientras él sigue su camino plagado de tristezas, sabiendo que

proviene de los brazos de una mujer, pero sin saber adónde va.

Y el niño, como proyecto, dice adiós no al padre, sino al hombre. Y no desde el útero materno, sino desde el corazón de la mujer amada y amante. La tríada se ha pospuesto. Pero no el amor. Ya vendrá el amor con su paternidad, su maternidad y su filialidad como otro proyecto. Como nuevo proyecto.

*Fui tuyo, fuiste mía. Qué más?  
Juntos hicimos un recodo en la  
ruta donde el amor pasó.  
Fui tuyo, fuiste mía. Tú serás del  
que te ame, del que corte en tu  
huerto lo que he sembrado yo.*